

# Evangelizar en la frontera de la cultura

ANTONIO BLANCH

## *PRECISANDO EL CONCEPTO DE CULTURA*

Entendemos aquí por cultura aquel sistema de signos y valores mediante el cual interpreta el hombre su propia realidad y la del mundo en que vive, a fin de hallarle sentido y poder actuar sobre esta realidad para modificarla según sus conveniencias. No se trata, por consiguiente, de la cultura en el sentido elitista que se atribuye, por ejemplo, a ciertas personas cultivadas, que lo son porque han disfrutado de oportunidades especiales para adquirir una serie de conocimientos y destrezas excepcionales. Esto es «alta cultura», ciertamente muy necesaria para el progreso de la humanidad; pero, cuando se trata de reflexionar sobre las incidencias de la fe religiosa en la cultura, es a aquel otro concepto, mucho más amplio y elemental, al que conviene prestar atención primordialmente. Ya que ese sistema orgánico de signos y valores es precisamente el que permite al sujeto humano tomar conciencia de sí mismo como persona y reconocer su propio valer y dignidad en un contexto dado. A saber, el contexto social e histórico al que cada uno pertenece, cuyas formas y relaciones cambian constantemente y van modificando así el concepto unitario de cultura en un amplio mosaico de culturas particulares.

Para nuestro propósito es importante advertir ese carácter prioritariamente subjetivo (identidad personal) de la cultura, aunque sin dejar por ello de reconocer que todo individuo está permanentemente expuesto a las fuertes influencias de la tradición y de la comunidad de las que depende históricamente. Así se entiende cómo la cultura es a la vez individual y colectiva, unitaria y plural. Y cuando se trata, como en nuestro caso, de reflexionar sobre

la tarea evangelizadora del creyente, resulta especialmente importante esa bipolaridad, pues la encarnación de la fe debe verificarse en formas muy concretas y locales (pluralidad cultural), pero teniendo siempre muy en cuenta el tronco común (la cultura entendida como forma esencial del hombre), a saber, la común posibilidad de apropiarse, material y espiritualmente, el mundo, la conciencia de libertad, la necesidad de una comunicación interpersonal, etc., experiencias todas ellas básicas y universales, en las que se funda, por cierto, la tabla universal de derechos y deberes del hombre.

Ahora bien, siendo también la fe, como la cultura, un asunto esencialmente individual (y consecuentemente comunitario), es fácil advertir que las relaciones entre la fe y la cultura no habrá que establecerlas desde fuera sino muy intrínsecamente, puesto que es lícito concebir la fe como una potenciación de la dimensión cultural del hombre y, recíprocamente, estimar la cultura como la imprescindible encarnación de la fe, según aquella frase que Juan Pablo II pronunciara en la Universidad Complutense, en otoño de 1982: *«Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida»*.

Dicho esto, conviene precisar todavía más el enfoque del presente artículo. Obviamente, no pretendemos realizar aquí una reflexión exhaustiva sobre las relaciones fe-cultura, ni sobre la evangelización en general. Se nos pide que digamos algo sobre «la evangelización en la frontera de la cultura». Excluiremos, por consiguiente, toda consideración sobre la evangelización en las zonas de la cultura más tradicionales o formalizadas, representadas por los autores llamados clásicos en cada disciplina del saber; tampoco atenderemos aquí a las costumbres culturales ya tópicas tanto del pueblo como de la burguesía. Quisiéramos, en cierto modo, situarnos también más allá de la Modernidad y de sus tópicos prestigiosos de Razón, Progreso, Libertad, etc., para poder orientarnos hacia la «frontera», es decir, hacia formas culturales más nuevas e innovadoras, no sólo hacia lo que se engloba con el impreciso membrete de Posmoderno, o el no menos impreciso de Contracultura, sino hacia otras manifestaciones que surgen hoy con tanta fuerza como indefinición, sin olvidar las subculturas más dinámicas: juvenil, feminista, ecológica, marginales, etc.

Y ante esa complejísima realidad que llamamos aquí, para entendernos, cultura de frontera, ¿cómo concebir y proyectar una evangelización adecuada? Esta es la gran cuestión que motiva aquí nuestras reflexiones. Por desgracia, tampoco vamos a poder desarrollarla en sus múltiples aspectos. Nos tendremos sólo a sugerir algunas ideas sobre tres aspectos que nos parecen

fundamentales de la evangelización de este tipo de cultura: la inculturación, el diálogo y el testimonio.

### *EVANGELIZAR ES INCULTURAR*

Ya hemos recordado la necesidad que tiene la fe de ser o estar inculturada. Pero el problema surge cuando constatamos que las nuevas culturas surgen en nuestro país y en la vieja Cristiandad totalmente al margen de la fe. ¿Cómo lograr entonces trasvasar la fe, inculturada en sistemas antiguos o ajenos, a los sistemas que conforman esas culturas nuevas? Lo cual equivale a repetir la pregunta que se hacían y hacen los misioneros occidentales, cuando intentan comunicar sus creencias a unas gentes cuyas culturas difieren mucho de la suya propia. Porque, naturalmente, no se trata de exigir que los otros renuncien a aspectos esenciales de su cultura, ni tampoco es válido concebir la evangelización como una simple adaptación o acomodo a las formas externas (lengua, vestido, alimentos) de una cultura extraña. Pues inculturar la fe es hacerla surgir en el interior y a través de los sistemas de valores y símbolos esenciales de un grupo humano donde nunca se había encarnado todavía. Lo cual, consecuentemente, implica una cierta renuncia de las formas culturales propias del transmisor de la fe. Tarea ésta sumamente difícil y delicada, pero que debería intentarse hoy muy especialmente ante las nuevas culturas de frontera, si deseamos impedir la creciente paganización de la ciudad secular. No arriesgarse en este sentido, por miedo a desprenderse de unas formas a veces seculares, equivaldría a reducir lo cristiano a una subcultura más, contradistinta de todos los demás grupos culturales.

La justificación última de lo que estamos diciendo radica en el hecho de que ni la fe ni el Evangelio son una cultura, como tampoco deberían serlo la Iglesia ni sus comunidades de fieles. Precisamente, el objetivo, utópico en cierta medida, de la inculturación, entendida como lo estamos haciendo, es propiciar que las experiencias esenciales de la fe cristiana (actuación de Dios en la historia, presencia salvadora de Jesús, llamada al amor sacrificado y universal, etc.) lleguen a verificarse por quienes están hoy viviendo su identidad personal en formas culturales muy ajenas a las del judaísmo, helenismo o romanismo, en las que originariamente se expresó la fe cristiana y fueron mantenidas por muchos siglos, a veces de manera unilateral y hasta exclusiva.

Precisamente hoy, al reconocerse como nunca tal vez hasta ahora la equiparación en dignidad de todas las culturas, se impone una revisión en profun-

dad de lo que solía entenderse por «misiones católicas», es decir, por evangelización. Revisión que, a nuestro entender, puede facilitarse por ese nuevo enfoque sobre la cultura, más subjetivo y dinámico, proveniente de la antropología cultural, que también nosotros estamos asumiendo.

Ahora bien, como el Espíritu de Jesús sigue actuando en los pueblos y en las culturas de hoy, como ayer y como siempre, y puesto que la fe sigue siendo un don de vida nueva al mismo tiempo que un asunto muy personal, pensamos que la evangelización debería consistir hoy en propiciar nuevas culturas. Creemos, en efecto, que el Señor no hace acepción de personas ni de grupos culturales; todos son susceptibles de ser inspirados por el Espíritu, que sopla donde quiere y cuando quiere.

Asumiendo básicamente este enfoque y deseando concretar un poco más, pensamos que inculturar la fe en las culturas actuales, implicará por lo menos las siguientes actitudes y modos de actuación.

En primer lugar, el creyente misionero debería conocer bien y sentir gran respeto por las culturas o subculturas ajenas. Debería también estar dotado de una gran sensibilidad para reconocer y apreciar las formas, símbolos y costumbres habituales en esas otras culturas. Lo cual implica, en segundo lugar, una disposición a desprenderse de lo propio y a aprender de los demás, por ejemplo, las formas o imágenes más apropiadas para transmitir conceptos esenciales cristianos, tales como «salvación», «misericordia» o «fraternidad universal». Con ello el apóstol está reproduciendo en sí la renuncia y autohumillación que vivió Jesús mismo (ver **Fil 2,7**).

Junto a esta actitud general de respeto, renuncia y humildad, convendrá acertar en las formas de comunicación que se adopten. Ante las culturas de frontera convendrá usar sistemas de lenguaje básicos y elementales, que permitan una franca transmisión de experiencias, evitando insistir en conceptos o precisiones jurídicas más elaboradas, dependientes de cuerpos de doctrina arcaicos o no fácilmente digeribles por la sensibilidad actual. Según esto, los lenguajes que hoy parecen más apropiados para una inculturación no impositiva, serían, por una parte, los símbolos más elementales y, por otra, las pequeñas narraciones sobre hechos de la vida cotidiana con intención parabólica. Esta fue precisamente la forma como actuó Jesús en su tiempo, plegándose incidentalmente al habla y a algunas formas culturales del momento, pero alterando también muy radicalmente otras, y resumiendo lo esencial de su mensaje en unos relatos breves (parábolas o comparaciones del Reino) y en unos símbolos naturales, a los que aludía de palabra (nuevo nacimiento, semilla fecunda, banquete, luz y tinieblas, etc.) o que realizaba

él en persona (curar, dar de comer, perdonar, desenmascarar, etc.). Pues bien, lo que estos símbolos y relatos comunicaban es lo que debería trasladar hoy a esas otras culturas, de manera que se pudiera reproducir en ellas la experiencia de lo cristiano como de una novedad viva y esperanzadora.

Como lo que estamos diciendo podría sonar a alguno como algo demasiado audaz y tal vez arbitrario, nos permitimos reproducir aquí, sin más comentario, algunos textos oficiales de la Iglesia que confirman plenamente nuestras propuestas. El primero es de la *Gaudium et spes* (n.58):

«... La Iglesia que ha vivido en variedad de condiciones en el correr de los tiempos, ha sabido emplear los hallazgos de las diversas culturas para difundir y explicar el mensaje de Cristo en su predicación a todos los pueblos, para investigarlo y entenderlo más profundamente (...) Pero, al mismo tiempo, la Iglesia enviada a todos los pueblos de cualquier raza o región, no se siente ligada exclusiva o indisolublemente a ninguna raza o nación, a ningún género particular de costumbres, a ningún modo de ser, antiguo o moderno. Fiel siempre a su propia tradición, y consciente, al mismo tiempo, de su misión universal, puede entrar en comunión con las diversas civilizaciones; de ahí el enriquecimiento, así para ella como para cada cultura.»

El siguiente texto es de *Ad gentes* (nn. 21 y 22):

«La obligación principal de estos hombres y mujeres (misioneros) es el testimonio de Cristo, que deben dar con la vida y con la palabra, en la familia, en el grupo social y en el ámbito de su profesión. (...) Ellos tienen que conocer esta cultura, restaurarla y conservarla, desarrollarla según las nuevas condiciones, y, por fin, perfeccionarla en Cristo, para que la fe de Cristo y la vida de la Iglesia no sean ya extrañas a la sociedad en que viven...»

(...) «Para conseguir este propósito es necesario que en cada gran territorio socio-cultural se promueva la reflexión teológica por la que se sometan a nueva investigación, a la luz de la tradición de la Iglesia universal, los hechos y las palabras reveladas por Dios.(...) Así aparecerá más claramente por qué caminos puede llegar la fe a la inteligencia, teniendo en cuenta la filosofía y la sabiduría de los pueblos, y de qué forma pueden compaginarse las costumbres, el sentido de la vida y el orden social con las costumbres manifestadas por la divina revelación...»

Pablo VI, en su famosa encíclica *Evangelii nuntiandi* (n.63), insistía lógicamente sobre este aspecto de la inculturación:

«Las iglesias particulares profundamente amalgamadas, no sólo con las personas sino también con las aspiraciones, las riquezas y límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo que distinguen a tal o cual conjunto humano, tienen la función de asimilar lo esencial del mensaje evangélico, de trasvasarlo, sin la menor traición a su verdad esencial, al lenguaje que esos hombres comprenden y, después, anunciarlo en ese mismo lenguaje.(...)»

El problema es, sin duda, delicado. La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su lengua, sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea y no llega a su vida concreta. Pero, por otra parte, la evangelización corre el riesgo de perder su alma y desvanecerse, si se vacía o desvirtúa su contenido...»

Citemos, por último, dos párrafos de Juan Pablo II, el primero dirigido a los obispos del Zaire, el 3 de mayo de 1980 (n.4):

«Desead ser a la vez plenamente cristianos y plenamente africanos. El Espíritu Santo nos pide que creamos, en efecto, que la levadura del Evangelio, en su autenticidad, tiene la fuerza de suscitar cristianos en las diversas culturas, con todas las riquezas de su patrimonio, purificadas y transfiguradas.

Y este otro párrafo tomado de su alocución a la Conferencia episcopal de Kenya (7 mayo 1981):

«La ‘culturación’ o ‘inculturación’ que promovéis, con razón será un reflejo de la encarnación del Verbo, cuando una cultura, transformada y regenerada por el Evangelio, genere de su propia tradición viva expresiones originales de vida, celebración y pensamiento cristianos. Respetando, preservando y fortaleciendo los valores particulares y ricos de la herencia cultural de vuestro pueblo, estaréis en posición de conducirlo hacia la mejor comprensión del misterio de Cristo, que ha de ser vivido en las experiencias nobles, concretas y cotidianas de la vida africana...»

Aplicando lo que aquí se dice de las culturas africanas a las que hemos llamado en este artículo «culturas de frontera», tendremos el estímulo y las pautas para realizar la necesaria y urgente inculturación de esas amplias zonas tan paganizadas de nuestros países occidentales. En el reciente Primer Congreso de Evangelización, organizado por la Conferencia episcopal española (Madrid, setiembre 1986), se insistía desde muchos ángulos en que España necesita una «segunda evangelización». Pues bien, en lo referente

a la cultura de frontera estas propuestas de inculturación de la fe son la forma más adecuada de llevarla a cabo.

No es preciso esforzarse mucho para demostrar que hoy se está dando en España una gran transformación cultural. No sólo está vigente todo lo que se entiende por «posmoderno» (sensibilidad resistente a los grandes discursos y contenta con lo fragmentario, intensamente vivido), sino también las culturas ecológica y pacifista, y las diversas subculturas de la era electrónica y telemática, la del feminismo y las de la marginación más o menos voluntaria. Y la mayoría de estos hechos culturales están siendo asumidos no sólo coyunturalmente, como una moda, o en la superficie, sino que están afectando muy íntimamente al sujeto humano y constituyen para él nuevos esquemas de sentimiento y pautas valorales, por medio de las cuales afirman su identidad. Esto ocurre especialmente en los jóvenes, en aquéllos sobre todo que se están formando al margen de toda vivencia o vinculación religiosa.

Ante esta situación, se impone pararse a reflexionar muy seriamente e ir aplicando con audacia los criterios que antes sugeríamos: conocimiento real de lo nuevo, por más extraño que nos resulte de entrada; renovación radical de nuestros lenguajes habituales, conceptuales e imaginativos, verbales y corporales, individuales y colectivos. Insistiendo en lo colectivo, dada la enorme dificultad de actuar solos y porque, ante este tipo de nuevas culturas, nada resulta a la larga más eficaz que los grupos dinámicos de creyentes, pequeñas comunidades acogedoras y activas en favor de los demás, coherentes con sus convicciones de base, dialogantes y transparentes en su testimonio como vamos a insistir a continuación.

### *EVANGELIZAR ES DIALOGAR*

Toda tarea inculturadora supone una relación de diálogo entre dos culturas. Es decir, que el anterior apartado ya nos predisponía para entender este segundo modo de evangelizar la cultura que ahora proponemos, como complemento de la anterior.

En nuestros días se habla mucho de diálogo. Las formalidades democráticas, teóricamente asumidas en nuestra sociedad, parecen estar aconsejando ese tipo de intercambio de ideas y proyectos, que suele llamarse «civilizado», con un deje a veces de ironía. Pero ¿cuál es realmente la calidad de nuestras relaciones dialogales, tanto en el ámbito de lo público como en el de lo privado? Históricamente, también la Iglesia católica ha entrado desde

hace unas décadas en una nueva fase de diálogo y así ha sido reconocido aun por testigos nada sospechosos de adulación. La primera encíclica que envió Pablo VI al mundo católico (*Ecclesiam suam*, 1964), versaba sustancialmente sobre el diálogo, recalcando el hecho de que la evangelización cristiana debe intentarse primordialmente por el diálogo con las culturas. Este documento programático recogía el espíritu que había animado a tantos católicos por los años del Concilio y que se había manifestado en muchas de sus resoluciones, especialmente en la constitución pastoral *Gaudium et spes* (ver sobre todo los nn. 40-45 y 53-62).

Según estos documentos, los criterios básicos para el diálogo de la fe con el mundo actual se fundan en las siguientes consideraciones. Hay que saber contemplar, en primer lugar, la acción dialogante de Dios con la humanidad, revelada por los patriarcas y los profetas y, más directamente, por el propio Jesús. Es característico del diálogo de Dios con su pueblo el hecho de que Él siempre toma la iniciativa, por tratarse de una acción no exigida sino totalmente gratuita. Se expresa, además, en formas de diálogo íntimo muy personalizado (paternal, esponsal, etc.), pero va dirigido a todos los hombres sin excepción. Más profundamente, si cabe, este diálogo divino descubre un inconcebible respeto por la libertad del interlocutor y con ello expresa la misteriosa benignidad y paciencia del Señor de la Historia, que actúa oportunamente, pero deja que la humanidad —y cada individuo— evolucione gradualmente, según ritmos de maduración, que la gracia posibilita siempre sin forzarlos nunca, aunque sin dejar por ello de exigir y reconvenir a quien no pone por obra su Palabra.

Según este supremo modelo, el diálogo cristiano debería reproducir sus virtudes, en especial esa difícil armonía de respeto y firmeza, de radicalidad y tolerante paciencia histórica. Además, el creyente, gracias a su constante comunión con el Dios de Jesús, íntimamente dialogante, puede ir aprendiendo ese difícil arte del intercambio y de la convivencia. Pero, sobre esa fuente de inspiración tan reconfortante, deberá irse formando hábitos y estructuras de diálogo con las diversas culturas de hoy, tan alejadas de sus propias convicciones. Señalemos a continuación algunas de las imprescindibles condiciones para que este diálogo resulte hoy verdaderamente eficaz.

Y, antes que ninguna otra, *la claridad*, que es la cortesía de la inteligencia y absolutamente inexcusable cuando se trata de trasparentar creencias religiosas, que de por sí ya son difíciles de captar por su naturaleza misteriosa. Se impone, por consiguiente, una especie de lavado lingüístico de todos aquellos términos demasiado abstrusos o sutiles así como de toda jerga típicamente eclesial, que, lejos de aclarar, oscurecen la comunicación. Tam-

poco debería hacerse consistir el diálogo en un cotejo de sistemas ideológicos o en un pugilato argumental donde se defiendan ventajas y denuncien inconvenientes. La claridad de que estamos hablando debe ponerse sobre todo en patentizar experiencias muy personales, mediante relatos autobiográficos o usando aquellas imágenes o símbolos que apelen a las realidades más fundamentales de la vida. Lo cual exige mucha purificación personal y suma delicadeza en el uso del lenguaje, para llegar a hacer sentir al otro la razón del gran aprecio que se siente por el tesoro que alberga en el corazón. Y es que, en suma, para dialogar religiosamente, bastará muchas veces dejar hablar al corazón, añadiendo muy pocas palabras y dejando actuar al silencio. Esa sería, a nuestro entender, la primera y fundamental manera de dialogar en cristiano, que, por desgracia, no suele usarse en el ámbito, tantas veces pretencioso, dialéctico y muy verbalizado de la cultura actual.

La segunda cualidad que debería tener nuestro diálogo es la de brotar de *una actitud profundamente benigna*, comprensiva y acogedora hacia nuestro interlocutor, confiando plenamente en él, como hacía Jesús con el que acudía a él de buena fe. No hay diálogo eficaz si no se ha establecido sobre una base de mutua confianza. Para ello es preciso evitar toda sospecha no sólo entre los que hablan, sino también ante las realidades de las que se habla, que, por tratarse de misterios, exigen una franca apertura y excluyen todo recelo o cerrazón. No es fácil aprender las técnicas del diálogo sobre el misterio; aun entre creyentes resulta a veces difícil conseguirlo. Pero en la tarea evangelizadora de la cultura este aprendizaje se hace especialmente necesario, ya que no sólo es misterioso lo que a la divinidad se refiere, sino también la misma identidad humana y la intimidad de las personas, que es el lugar natural donde no sólo arraigan las creencias sino aun la misma cultura, en el sentido antes definido. Señalemos, por último, que esa apertura en profundidad es hoy tal vez más necesaria que nunca, cuando las religiones tienden a cerrarse involutivamente y muchas de las culturas y subculturas se están afirmando en forma de ghetto, al sentirse amenazadas por otras culturas hegemónicas y prepotentes.

También será necesario, para un buen diálogo evangelizador, el ejercicio de *una larga paciencia*, atendiendo a que en lo humano y en lo cultural todo son procesos inacabados. El mismo pensamiento y los sentimientos, que las culturas formalizan, no es algo cristalizado, sino algo que fluye y está en constante transformación. Es preciso, pues, atender pacientemente a los procesos internos de nuestros dialogantes (individuos o grupos); para lo cual el creyente está especialmente predispuesto, gracias a la esperanza, virtud que orienta hacia un lejanísimo futuro y que infunde además coraje y longanimidad suficientes para seguir creyendo en él con fuerza. Saber intuir la «fe

germinal», que anida en todo espíritu y que puede estar encubierta en algunos de los más notables acontecimientos culturales del presente, es la mejor preparación para un auténtico intercambio de perspectivas históricas y de modos de entender y sentir los procesos de maduración del hombre y de la humanidad. Las culturas no son eternas —nacen, se desarrollan y mueren—; pero para el creyente el hombre sí que lo es. Por ello su identificación cultural aparecerá siempre a sus ojos como un proceso inacabado. A esa incompleción de lo cultural es a lo que la esperanza cristiana debería saber atender y apuntar en el diálogo cultural, ofreciendo para cada caso algún atisbo del amplísimo horizonte de la escatología.

Consignemos, por último, *la prudencia*, como otra de las cualidades necesarias para dialogar evangélicamente. Prudencia es la virtud que lleva a tener siempre muy en cuenta las circunstancias singulares del interlocutor: su situación real en el aquí y el ahora, su evolución anterior, sus bazas ocultas, las posibles inquietudes y rechazos de una sensibilidad tal vez atropellada por incidentes culturales o religiosos que han formado obstáculos o barreras muy rígidas en el subconsciente de cada uno. Y habrá que saber caminar prudentemente, atendiendo a todos estos accidentes del terreno. No a todos se les puede hablar de la misma manera, ni insistir en los mismos argumentos, sin consideración de circunstancias, tiempos y lugares. Dialogando en privado —y tal vez confidencialmente— se pueden conceder cosas, en relación con las formas de creer, que no sería oportuno proclamar públicamente. Es la prudencia del creyente, bien informado y buen conocedor de la realidad, la que dictará en cada caso las maneras más oportunas de llevar a cabo ese delicado intercambio de experiencias.

Digamos, en conclusión, que la evangelización de la cultura mediante el diálogo parece ser la mejor manera de mostrar la fibra humana y humanista del misterio y del mensaje de Jesús. Pues parte de la convicción de que, también desde la fe, el más adecuado punto de encuentro con las culturas es el hombre mismo, en todas sus dimensiones, sin excluir sus misterios más profundos. Esta amplísima plataforma cultural, que es el hombre, no sólo lo es para el intercambio verbal y conceptual, sino también para el diálogo silencioso de las acciones en común en favor de las causas más nobles del hombre, la lucha por una mayor justicia y por una mayor libertad para los marginados de la cultura, para las culturas minoritarias o las subculturas de la pobreza.

### *EVANGELIZAR ES DAR TESTIMONIO*

Un tercer enfoque evangelizador de la cultura de nuestro tiempo es el del testimonio. Más que inculturar y dialogar, el expresar la fe por el modo de

vivir debiera ser lo más habitual y sencillo para el creyente. y, sin embargo, no es así. Por experiencia sabemos que la contaminación de lo «mundano» es tan grande en nuestras vidas y están tan vivos los sentimientos de respeto humano y de apocamiento que, con mucha frecuencia, especialmente en el ámbito de la cultura —tan descaradamente laico y pagano— no llegamos a actuar como testigos de la fe que profesamos. Por ello es tan rápida en España en estos momentos la descristianización de la cultura, en la que siguen estando presentes muchos católicos, pero sin ánimo o sin acierto para testimoniar su fe. Es, pues, urgente reflexionar sobre la dimensión irradiante de nuestras creencias y sobre el modo de darle curso, aun en lo más fronterizo de nuestras culturas.

Ciertamente, para que este testimonio se dé no se requieren ni muchas palabras explicativas ni públicas confesiones religiosas. El testimonio funciona casi siempre desde el silencio; aunque no desde la ausencia o el ocultamiento. Es preciso, pues, que el creyente esté presente en los diversos mundos culturales, también en los más innovadores y exóticos. Los actuales fariseos seguirán escandalizándose por esas presencias «arriesgadas e inútiles», por ese meterse en la boca del lobo... Pero, a nuestro entender, la denominada segunda evangelización de España debe también incluir esos nuevos frentes de presencia y todos aquéllos en los que ya no resuenen los ecos del evangelio de Jesús. No cumplirían hoy las iglesias su misión irradiante si se confinaran a una pastoral de puertas adentro. Para testimoniar hay que salir a la intemperie y actuar en solidaridad con nuestros contemporáneos, por más paganos o laicos que sean. Claro está que esa presencia activa y solidaria de los cristianos, para que sirva de testimonio, debe vivirse no sólo con gran honestidad, sino tan a tono con las propuestas del evangelio que obligue a los demás a preguntarse por el porqué de tal o cual comportamiento no frecuente en tales ámbitos culturales o subculturales. Permítasenos recordar a este propósito aquel párrafo luminoso de Pablo VI en que describe esta situación:

«Supongamos un cristiano o grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunidad de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos, además, que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve y en lo que no osarían soñar. A través de ese testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esta manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con

nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva. (...) Surgirán otros interrogantes, más profundos y más comprometedores, provocados por este testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad, y que es un elemento esencial, el primero absolutamente en la evangelización.» (*Evangelii nuntiandi*, n.21).

A la luz de estas palabras, indiquemos algunas condiciones para que se verifique un auténtico testimonio evangelizador.

Hace falta, en primer lugar, que la persona actualmente presente atraiga de alguna manera a los demás. Mucho se están estudiando hoy las técnicas para conseguir el atractivo personal y hasta han llegado a crearse escuelas sobre las artes de la fascinación. Naturalmente no vamos a recomendar esos procedimientos; pero no por ello dejaremos de cuidar que la manera cómo aparezcan en nosotros los valores evangélicos y procurar que sean realmente agradables y atractivas, y no todo lo contrario, como ocurre, muchas veces, especialmente por ese marchamo de tristeza y dolorismo que suele marcar muchas actuaciones cristianas. Hay cristianos que pretenden dar testimonio por sus rarezas o por sus comportamientos ásperos y mortificantes, que ciertamente llaman la atención, pero no como indicadores de algo admirable y deseable. Como enseñaba Pablo VI en el párrafo transcrito, hace falta ofrecer valores realmente interesantes (capacidad de comprensión, solidaridad, esperanza) y también valores que «vayan más allá de los valores corrientes»; pero siempre ofrecidos como valores, es decir, como algo positivo y apetecible, algo divinamente humano. Algo, sin embargo, no común, ni fácil según las inclinaciones de la naturaleza y que, precisamente por ello, llama la atención. La humildad, el desprendimiento, el desinterés suelen brillar hoy por su ausencia en muchos ámbitos culturales, y, sin embargo, son valores a cuyo encanto nadie se resiste a la larga.

Será necesario, en segundo lugar, asegurar la íntima coherencia de estos valores evangélicos y el conjunto de la vida del sujeto que los expresa. No puede aparecer su actuación sólo como un comportamiento coyuntural, que se adopta con intención ejemplar y sólo en ciertos momentos o lugares, sino que debe poder advertirse una profunda armonía personal entre creencias y estilo de vida, como algo permanente o por lo menos preponderante. Con lo cual no estamos indicando —entiéndase bien— que sólo los santos pueden dar el verdadero testimonio cristiano. Al contrario, esa misión es propia de todo cristiano y, por consiguiente, hay que saber asumir en él una cierta imperfección. La fe y el seguimiento de Jesús no sólo son válidos cuando logran su plenitud —si es que esto ocurre alguna vez—, sino también des-

de el reconocimiento humilde de lo que se desea y no se consigue, desde la confesión de estas mismas imperfecciones. Reconocer humildemente nuestros pecados ante los demás (creyentes o no), expresar sinceramente la pena que nos causa el no dar la talla requerida en caridad, desprendimiento, esperanza, etc., son magníficas maneras de testimoniar la fe; pues con ello estamos diciendo cuánto apreciamos una serie de valores evangélicos a los que no somos del todo fieles. En nuestros ámbitos culturales, cuyas tablas de valores dominantes son tan decididamente anti-evangélicas, pensamos que esos deseos y pesares del cristiano, provocados por su sincera entrega a Jesús, pueden resultar más cuestionadores que nunca.

Pensamos, por último, que hay que disponerse para llegar a testimoniar también realidades que están más allá de lo que se palpa y entiende normalmente; pues el cristiano vive siempre una dimensión profética en el interior de sus mismos comportamientos históricos. Así, en el amor servicial y desinteresado del cristiano en sus tareas culturales, en su constancia y perseverancia en el estudio o en la creación, en las motivaciones que le hacen superar los desalientos y entregarse con ilusión al cultivo de los más abandonados de la sociedad, acabará por transparentarse esa visión globalizante del Dios de la misericordia universal o del «Reino», tal como lo entendía Jesús, como algo que realmente está orientando y vivificando al creyente en su ejercicio de amor al prójimo. Naturalmente, estas motivaciones últimas no aparecerán siempre como evidentes, y es posible que sean entendidas como ambiguas y aun de manera contraproducente; pero, a la larga y para quienes no se escuden en la suspicacia o en la cerrazón de lo tangible e inmediato, llegarán también a aflorar como indicios de una trascendencia que no se agota en simples razones humanas.

Es frecuente en nuestra sociedad, cuando ocurre algún hecho extraordinario o ante actuaciones inusuales de tipo cultural o benéfico, que la gente se pregunte: «¿quién está detrás de todo esto?». Otras veces se indaga sobre el «signo ideológico» de tal o cual manifestación. Y es que la gente se ha vuelto suspicaz y duda de que se puedan hacer las cosas desinteresadamente: hay demasiados intereses creados (económicos o políticos) en muchas obras humanas. También en esto han caído a veces las iglesias, cuando hacían proselitismo mediante acciones benéficas o culturales. De ahí que vivamos en plena época de la sospecha. Por ello serían hoy especialmente interpeladores los comportamientos íntegramente evangélicos, aquellos gestos y estilos de vida que no patenticen más que una fe viva, una gran esperanza y un amor muy fuerte a Jesucristo.

Digamos, por último, que al hablar del testimonio, hay que tener muy en cuenta el cuidado de la imagen que se proyecta. Jesús lo pedía a sus seguidores:

«...para que viendo vuestras obras, alaben a vuestro Padre del cielo» (Mt 5,16). Y también El mismo parecía interesado en conocer la imagen que estaba proyectando: «¿quién dicen los hombres que soy? (Mc 8,27). Y es que no basta con ser creyente ni con ser bueno: es preciso también aparecer como tal. En la cultura actual, por el contrario, lo que importa sobre todo son las apariencias. Por ello se está poniendo tanto interés en la creación de imagen y en todo lo relacionado con la publicidad, no sólo en lo comercial, sino también en lo cultural y en lo político. Ahora bien, no porque ese deslumbrante universo de la publicidad resulte de hecho engañoso y trivial dejará el testigo cristiano de hacer brillar su propia luz ocultándola bajo el celemín. Todo lo contrario, aceptando el reto de esa nuestra cultura tan exhibitoria y abigarrada, procurará ofrecer una imagen propia, más pobre y pura que las otras, y quizás por ello llamativa por contraste. En todo caso, lo que deberá cuidar el cristiano es no proyectar imágenes incoherentes o escandalosas («¡ay de aquél por quien venga el escándalo!», Mt 18,7). Sería por ello una gran incoherencia que el cristiano aceptara hoy entrar en la dinámica y en las técnicas publicitarias, movilizadas prioritariamente por objetivos de vanidad o de prepotencia. Esta fue precisamente una de las tentaciones a las que el mismo Jesús tuvo que hacer frente durante toda su vida. Por el contrario, la imagen que los cristianos debemos cuidar si deseamos asegurar la validez de nuestro testimonio, deberá aparecer siempre marcada por alguno de estos distintivos evangélicos: humildad, mansedumbre, misericordia y amor sacrificado.

Si es cierto, como también decía Pablo VI en la encíclica citada, que «la ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo» (n.20), pensamos que todo lo que pueda hacerse a fin de lograr un mayor acercamiento entre estos dos extremos, será siempre poco, dada la gravísima importancia del asunto. Habrá que reflexionar mucho para acertar a señalar los puntos de encuentro y los modos de acercamiento, sobre todo en un momento en que las culturas son tan cambiantes y diversificadas. Pero, junto con la reflexión y el estudio, habrá que saber actuar y hacerlo sin demora, sin tantos miedos y precauciones, confiando seriamente en que toda sincera acción por la cultura es expresión del amor al hombre, y que, a su vez, todo gesto de entrega a la causa del hombre puede dejarse inspirar y estar de hecho movido por el Espíritu de Jesús. Inculturar la fe en las fronteras de nuestra cultura, establecer un diálogo respetuoso desde la fe con toda manifestación sólida de la ciencia y la cultura humanas, y atreverse a testimoniar según el modo evangélico de estar en los diversos ámbitos culturales, he aquí tres caminos que hemos querido describir en estas páginas, como tres maneras concretas de realizar este inexcusable compromiso de la fe con la cultura moderna.